

ALEPH

Número 25
2012



Jornada del sábado 20 de marzo de 2010 organizada por ALEPH
con el apoyo de FWO y de KU Leuven Kulak

La Cataluña de la otra orilla: exilio e identidad cultural en *La última hora del último día* de Jordi Soler

Emmy Poppe
KU Leuven Kulak
Fondo de la Investigación Científica de Flandes (FWO)

Introducción

Quizá la comparación de Jordi Soler con otros jóvenes narradores hispanoamericanos residentes en España, tales como Rodrigo Fresán, Andrés Neuman, Santiago Roncagliolo y Juan Gabriel Vásquez, es más problemática de lo que a primera vista parece. Como sugiere Pablo Sánchez en uno de los muy escasos estudios que en el ámbito propiamente académico se han dedicado a este escritor¹, la trayectoria vital y socioliteraria de Soler le confiere un perfil particular con respecto a este reciente movimiento transatlántico. Efectivamente, más allá de los motivos profesionales, su migración voluntaria a España hace menos de una década implicó su instalación en un país con el que, como consecuencia de sus antecedentes familiares, desde niño había mantenido una relación emocional muy intensa.

Nacido en 1963 en el estado mexicano de Veracruz, Jordi Soler es nieto de republicanos catalanes que, ahuyentados por las inminentes represalias franquistas al terminarse la Guerra Civil, encontraron refugio en tierras mexicanas. Pasó su infancia en plena selva de Veracruz, donde su abuelo, junto con otros cuatro excombatientes republicanos catalanes, había fundado una plantación de café llamada La Portuguesa. Años después de terminar sus estudios en la Ciudad de México, adonde se había mudado a los 12 años, el escritor dejó su país natal, primero para estudiar inglés en Toronto, y luego, en 2000, para hacerse cargo de un puesto de agregado cultural en Irlanda. Desde hace siete años está afincado en Barcelona, ciudad que sus abuelos habían dejado atrás en el

¹ Pablo Sánchez, “Memoria histórica y heterogeneidad cultural en *Los rojos de ultramar*, de Jordi Soler”, *Revista Hispánica Moderna*, 60.2 (2007), pp. 159-170. Otro artículo es el de Maryellen Bieder, “Language, culture, and nationality: the case of Jordi Soler”, *Catalan Review*, 21 (2007), pp. 381-394.

1939 y que, a pesar de la distancia geográfica, para él siempre ha sido un referente cultural fundamental. El nacimiento de su hija Laia en la calle Muntaner, la misma calle en Barcelona en la que nació la madre de Soler, a la que aquélla incluso le debe el nombre, ha completado el curioso círculo geográfico de su historia familiar, herrada por 65 años de combate por la recuperación de lo perdido.

Frente a la eterna discusión sobre su identidad nacional como escritor, visible en la crítica literaria en periódicos y revistas, Soler afirma tener una identidad múltiple en la que se acumulan rasgos catalanes, mexicanos y otros posibles:

Soy un catalán de Veracruz o un veracruzano de Barcelona y los nacionalismos, ese discurso patriótico y retórico sobre el metro cuadrado donde uno nació, me parecen un lastre. Creo que nadie es herméticamente de donde dice que es, una investigación exhaustiva de nuestro origen nos llevaría a todos a África. Yo prefiero sumar países, me siento mexicano y español y, si pudiera cuadrar mi linaje, me gustaría ser irlandés. (Jordi Soler en *El País*, 28 de noviembre de 2007)

Aparte de sus contribuciones como poeta, escritor de relatos, ensayista y columnista para periódicos tanto mexicanos como españoles, Jordi Soler ya suma siete novelas. A partir de 2004, su migración a la Península se ve reflejada en la exploración de la temática histórico-local de la Guerra Civil española en su trilogía autoficcional integrada por *Los rojos de ultramar*², *La última hora del último día*³ y *La fiesta del oso*⁴. Al ahondar en las peripecias de su familia catalana y su exilio en México, las tres novelas reflejan la búsqueda por parte del narrador hispano-mexicano de su identidad como nieto de exiliados. No debe extrañar al lector la importancia que cobra este tema en la trilogía de Soler: según la experiencia personal del autor, la guerra también ha dejado profundamente mutilada a esta tercera generación de desterrados:

Creo que cada exilio, como cada persona, es distinto, y su punto dramático radica en la idea de que es una condición que se arrastra de por vida y que

² Jordi Soler, *Los rojos de ultramar*, Madrid, Alfaguara, 2004.

³ Jordi Soler, *La última hora del último día*, Barcelona, RBA Libros, 2007. Todas las citas han sido extraídas de esta edición. La traducción al catalán de la novela, publicada por la editorial La Magrana, ha implicado, según Eva Piquer ("El nen de la selva", *Avui*, 28 oct. 2007), la pérdida de ciertos matices lingüísticos y estilísticos presentes en la versión original en castellano.

⁴ Jordi Soler, *La fiesta del oso*, Barcelona, Random House Mondadori, 2009.

encima se hereda. Yo no soy exiliado, nací en México y vivo en Barcelona porque es una ciudad que me gusta; sin embargo, he heredado el exilio. (Jordi Soler en *Milenio online*, 16 de noviembre de 2008)

Dicha búsqueda de una identidad cultural por parte del narrador es particularmente llamativa e interesante en el caso de *La última hora del último día*, novela que está centrada en la vida en La Portuguesa. En términos más específicos, observamos que su discurso reúne, en diálogo indirecto, las visiones de tres generaciones de exiliados. El objetivo principal de la presente contribución consiste precisamente en demostrar cómo estas diferentes posturas para con el exilio implican distintas sensibilidades hacia el pasado, de un lado, y distintas vivencias de La Portuguesa como espacio, del otro.

En esta segunda entrega de la trilogía, el protagonista-narrador adulto –álter ego anónimo del propio autor– se ve obligado a regresar, después de mucho tiempo, a La Portuguesa para resolver un problema burocrático con Bages, uno de los antiguos socios de su abuelo fallecido, y una infección en el ojo izquierdo que los oculistas europeos no le logran curar.

Inspirado por los recuerdos que le evoca su inesperada visita al lugar de su infancia, el personaje reconstruye, mediante largas escenas retrospectivas, la vida de sus familiares en este enclave catalán situado en medio de la jungla mexicana. Aunque siempre narrados desde la perspectiva del protagonista, los fragmentos ilustran ante todo la postura de la primera y la segunda generación de exiliados, postura fundamentada en la *nostalgia* por la República y el arraigo en la cultura catalana. Dentro de esta primera visión, que es la más desarrollada en la novela, La Portuguesa como espacio se vincula con el concepto de la *heterotopía*.

No obstante, el regreso del protagonista-narrador a este lugar ya semi-abandonado evoca también una segunda postura, que es más característica del exilio heredado de la tercera generación. Efectivamente, el reencuentro emocional con La Portuguesa, igualmente descrito de forma retrospectiva por el propio protagonista, deriva en un discurso esencialmente ambivalente, en el que queda plasmada la *melancolía* por este lugar en cuanto objeto de amor perdido. Por lo que se refiere a su funcionamiento como espacio, La Portuguesa apela aquí al concepto de la *paratopía*.

La Cataluña de ultramar

Como explica Linda Hutcheon⁵, el neologismo 'nostalgia' fue introducido en el ámbito médico a finales del siglo XVII para referirse a una forma letal de añoranza de la casa abandonada. Esta definición de la nostalgia como un estado físico relacionado con el espacio, persistió durante más de un siglo. Sin embargo, a partir del siglo XIX, se entiende la nostalgia no como el intento de recuperar un *espacio* perdido, sino como el deseo de acceder a un *tiempo* perdido. Debido a este importante cambio semántico, hoy en día se considera la nostalgia como una condición irremediable de la psique antes que una enfermedad física que se puede curar. Reacción ante el carácter irreversible del pasado, la nostalgia se manifiesta en la construcción imaginaria de un pasado parcial e idealizado mediante la proyección sobre el pasado de los ideales que se encuentran ausentes en el presente.

Es exactamente esta construcción dicotómica de un pasado idealizado como antítesis de un presente profundamente inadecuado, la que define la vida de los españoles en La Portuguesa. Las familias de la plantación cafetalera construyen su identidad no sólo por oposición a España, que ya no puede servir de referencia a causa de la expulsión y de la pérdida de la guerra, sino también por oposición al mundo mexicano, puesto que los viejos estereotipos de la colonización, bajo forma invertida o no, siguen pervirtiendo las relaciones con la población indígena. En el intento de paliar el exilio y de escapar de este presente que les produce insatisfacción, los catalanes de La Portuguesa se refugian en una identificación emocional con su pasado en Cataluña y, más específicamente, con los ideales de la II República española.

Esta huida permanente hacia un pasado idealizado se manifiesta de forma más obvia en la costumbre de Bages de izar cada día una vieja bandera republicana en un asta frente a su casa. En las palabras del narrador, se trata de un "acto sentimental y por ello tremendamente efectivo, muy al estilo del astronauta que clava su bandera en la Luna y eso es suficiente para que sienta que es suya" (p. 28). Efectivamente, a pesar de ser realizada por una sola

⁵ Linda Hutcheon, "Irony, Nostalgia, and the Postmodern", *Methods for the Study of Literature as Cultural Memory*, Raymond Vervliet & Annemarie Estor (eds.), Amsterdam, Rodopi, 2000, pp. 189-207.

persona, dicha ceremonia confirma a todos los españoles de la comunidad, día tras día, que La Portuguesa es "su país en el exilio, su república, su Cataluña" (*ibíd.*).

Aparte del ritual de la bandera, la nostalgia que reina en La Portuguesa también se desprende de la ropa, el uso del catalán, los productos importados desde Cataluña y la esperanza del regreso o, más tarde, el sueño con la muerte del dictador. Otras señas de identidad importantes son el Barça, y –símbolo de la resurrección catalana al final de la dictadura franquista– la figura de Johan Cruyff.

Sin embargo, a lo largo de la novela queda patente la tensión entre idealismo e ilusión sobre la que descansa esta comunidad de catalanes exiliados. En primer lugar, la transformación de soldados republicanos en patrones de una sociedad jerarquizada se presenta como una evolución conflictiva y contradictoria. En segundo lugar, el intento de trasplantar la República a la selva de Veracruz, además de estar basado en una engañosa selección de "recuerdos acomodaticios" (p. 171), va acompañado del abuso en el consumo de alcohol como otra vía de escape, e incluso, como veremos más adelante, de una progresiva tendencia a la locura.

En cuanto a su construcción como espacio, observamos que La Portuguesa, en esta primera actitud para con el exilio, está vinculada con dos espacios que se encuentran en el seno de la sociedad, a saber el hogar y el lugar de trabajo. Sin embargo, llama la atención la forma aberrante en que representa dichos espacios y las relaciones arquetípicas implicadas por ellos. En este sentido, La Portuguesa de la primera y la segunda generación puede interpretarse como una heterotopía.

Para Michel Foucault⁶, la figura de la heterotopía comparte con la utopía la singularidad de estar enlazada con todos los demás espacios reales de la sociedad, pero de una manera tal que al mismo tiempo los contradice. De forma análoga a ésta, la heterotopía constituye un espacio cuya función y percepción son completamente diferentes con respecto a los espacios comunes donde se desarrolla la vida humana. Sin embargo, mientras que la utopía carece de

⁶ Michel Foucault, "Des espaces autres", conferencia pronunciada en el Centre d'Études architecturales el 14 de marzo de 1967 y publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5 (1984), pp. 46-49.

espacio real, la heterotopía se refiere a un espacio localizable y puede considerarse, pues, una especie de utopía efectivamente verificada.

En lo referente a su forma, La Portuguesa corresponde a lo que Foucault denomina 'heterotopía de la desviación': un espacio reservado a individuos cuyo comportamiento se considera desviado en relación con cierto medio. La principal norma social proviene desde luego de la dictadura franquista en España, que ha impuesto un destierro forzoso a estas familias por la simple razón de ser partidarias de la República. La función que desempeña La Portuguesa como heterotopía para con este espacio de la España franquista es doble: además de ser un lugar de descanso para la gente desterrada, también simboliza la ilusión de una continuación de la resistencia republicana en ultramar como contrapeso del totalitarismo franquista.

No obstante, la noción de la desviación también revela su validez con respecto al contexto mexicano, ya que la incompreensión, los prejuicios y el profundo racismo entre blancos y nativos han fomentado el sustancial aislamiento de la comunidad inmigrante. Los chismes y las habladurías que circulan sobre los catalanes se refieren tanto a su lengua como a su televisor, sus comidas dispendiosas y su ropa cara de la capital; lujos que inspiran un auténtico resentimiento entre los habitantes tradicionales de la selva. En varias ocasiones, el narrador llama la atención sobre la persistencia del viejo paradigma heredado de la época colonial, a saber la idea de que los blancos mandan y los indígenas sirven. Sin embargo, esta lógica jerárquica que opera en la convivencia entre blancos y amerindios y que los convierte en enemigos potenciales, no sólo la reivindican los españoles exiliados. Los nativos, por su parte, están acostumbrados a explotar la "retórica del conquistado, del violado, del chingado" (p. 71) a fin de aprovecharse de los extranjeros, corrompiendo así los contactos tanto interpersonales como profesionales. Así, por ejemplo, el alcalde de Galatea extorsiona de forma periódica a las familias de la Portuguesa con el artículo 33 de la Constitución Mexicana, el cual faculta a las autoridades locales para echar del territorio nacional a cualquier extranjero cuya permanencia juzguen inconveniente.

Frente a estas malas relaciones con los nativos, los catalanes de La Portuguesa logran establecer una firme alianza con una tribu negra de ascendencia africana, con la que comparten no sólo la hostilidad y el desprecio con que los indígenas los miran, sino también la nostalgia por un reino perdido y la consiguiente proclividad hacia el enloquecimiento. Ni que decir tiene que, en el caso de la población negra, se trata de un reino históricamente mucho más lejano, con el que los descendientes en América apenas han podido conservar lazos. Sin embargo, la "patología real" (p. 168) de la que padece el alcalde de la tribu se asemeja a lo que significa el asunto de la pérdida para los habitantes de La Portuguesa. Este trastorno psicológico, causado por la "desgracia de ser un rey sin reino" (p. 166), lo ha llevado a reproducir, de forma consciente o inconsciente, los protocolos reales que eran vigentes en el antiguo reino de sus antepasados⁷.

En efecto, un tercer tipo de desviación encarnado por esta comunidad de republicanos exiliados radica en su creciente tendencia a la locura y a la transgresión. Ésta se hace visible en el alcoholismo, el carácter extravagante de Màrius y, sobre todo, la figura de la tía Marianne. Como veremos a continuación, la trágica historia de este personaje puede leerse como una metáfora terrible del fracaso de La Portuguesa.

En su condición de primera criatura, dentro de esta comunidad de catalanes expatriados, nacida en tierras mexicanas, Marianne simboliza la esperanza, después de una dolorosa etapa de nomadismo, de una nueva vida estable en la otra orilla del océano. Coincidiendo con la inauguración de la plantación de café, su nacimiento no sólo parece consolidar el proyecto de convivencia entre las cinco familias, sino también la ilusión de la conservación de la República en el exilio. En este aspecto, resulta significativa la elección del nombre de 'Marianne', puesto que, en el contexto francés, éste constituye una representación alegórica de los valores de la República.

Sin embargo, la llegada esperanzadora de la hija rubia, grande y saludable resulta ser el germen de otro hundimiento, que llega a su

⁷ Como ejemplo gráfico de esta patología, el narrador describe un retrato del alcalde en el que se hace alusión, de una forma casi grotesca, a su supuesta vida polígama, suntuosa y emprendedora.

límite en el “día de la invasión” al que alude el título. El retraso mental que, como resultado de una meningitis, empieza a manifestarse en ella a la edad de tres años, la convierte paulatinamente en “una bestia, una loca capaz de matar a alguien si no se la det[iene]” (p. 110). Esta animalización de Marianne se vuelve aún más explícita cuando sus familiares, a fin de impedir las desastrosas consecuencias de sus accesos de cólera, se ven obligados a amarrarla por medio de una gargantilla. La noche de la invasión, momento que el narrador no deja de recordar y que además sirve de apoteosis a la novela, se desata un violento combate entre la tía encadenada y un grupo de jipis indígenas que han logrado acceder a la zona privada de la plantación. La violencia cambia de cara cuando uno de los jóvenes exige la suspensión del combate y comienza, ante la vista de todos, a violar a la mujer. De esta manera, la novela cierra con una significativa inversión del estereotipo de la colonización: la “chingada” ya no es la indígena, sino la primera republicana nativa de la plantación.

Debido a estas tres dinámicas de desviación, La Portuguesa no sólo constituye un espacio laboral extraordinario, sino también una comunidad familiar muy peculiar. En este sentido, la fascinación del protagonista como niño por el cómic de Lorenzo y Pepita (*Blondie*) se explica por la envidia que le producen la domesticidad acogedora y la vida familiar estable de las que gozan los personajes. Son exactamente estas cualidades con respecto a las cuales cae en falta La Portuguesa a causa de, por una parte, la gran cicatriz que sigue representando el asunto de la pérdida y, por otra, el miedo que inspiran las constantes amenazas desde el exterior y el interior de la comunidad.

Radicalmente diferente al hogar de Lorenzo y Pepita, la comunidad de catalanes puede compararse más bien, como observa el narrador desde su posición actual, con la aldea de *Astérix El Galo*. La principal semejanza que puede observarse entre ambos espacios corresponde a una de las características de la heterotopía advertidas por Foucault, a saber la presencia de un sistema de apertura y cierre que, simultáneamente, aísla la heterotopía y la vuelve penetrable.

Además de la ubicación relativamente apartada de estos lugares —el uno en un rincón olvidado de un gran imperio, el otro escondido en la profundidad de la selva veracruzana— y las lenguas particulares

que se hablan en ellos, ambos espacios alojan a una comunidad fundamentada en un principio de convivencia muy intensa. Así, el concepto de La Portuguesa tiene su origen en el común acuerdo, entre cinco familias, de vivir juntos, de compartir todo y de apoyarse mutuamente a fin de superar el exilio. Encima, en ambos casos, el acceso al espacio heterotópico no es natural, sino que está supeditado a cierto proceso de autorización. Es de tal permiso del que disponen, en la plantación, las criadas y los jornaleros, quienes incluso logran integrarse hasta cierto punto en la vida familiar de los catalanes.

Pero es más: al igual que en la aldea gala de Astérix, la vida en La Portuguesa está basada en la convicción de que, más allá de los límites de la propiedad, el otro se convierte automáticamente en enemigo. De ahí también el permanente temor a la invasión, agravado por la constante preocupación por la tía Marianne, que despierta la curiosidad de indígenas ajenos a la plantación. Sin embargo, a través de su desenlace sorprendente, la novela de Jordi Soler llama la atención sobre la paradoja siniestra de que los peores enemigos igual se hallen dentro de la casa. Efectivamente, el segundo hombre que viola a Marianne resulta ser Sacrosanto, el sirviente indígena que siempre se ha ocupado fielmente de ella. De una entrevista con el autor publicada en *La Vanguardia*⁸, en la que nos llama la atención el fuerte grado autoficcional de sus palabras, se desprende la reciprocidad de esta lógica de hostilidad, al igual que su vínculo con la ya mencionada subsistencia del paradigma colonial:

Nosotros éramos los hijos de Hernán Cortés, en cuanto traspasábamos los límites de la plantación nos convertíamos en los invasores, teníamos que defendernos de los galos que nos acosaban. Viví mi infancia con temor. El día de la Independencia de México no podíamos salir de casa porque la tradición era moler a palos a los gachupines, léase, españoles, reléase, catalanes.

También otras características de la heterotopía son ilustradas por La Portuguesa. Por ejemplo, se trata de un lugar internamente contradictorio, en el que se yuxtaponen dos espacios que parecen excluirse entre sí. Frente a la "realidad brutal, incontestable y absoluta" (p. 70) provista continuamente por la selva, la vida de los

⁸ Ima Sanchís, "En aquella selva se hablaba un catalán mestizo", *La Vanguardia*, 15-X-2007.

exiliados parece componerse de una extraña acumulación de "irrealidades" (ibíd.)⁹. La construcción artificial e ilusoria en este espacio de un lugar y un tiempo ausentes, convierte a La Portuguesa en "un país de mentiras" (p. 18)¹⁰. Para sus habitantes, el único modo de soportar el exilio y la despiadada realidad de la selva, que encarna lo puro, lo primitivo y lo radicalmente vivo, es a fuerza de dosis exageradas de alcohol.

En La Portuguesa, esta yuxtaposición de varios espacios contradictorios implica también la confrontación de distintas concepciones del tiempo, por lo que se asocia con la *heterocronía*, término que introduce Foucault para referirse a los cortes de tiempo. Fuera del obvio contraste entre el mundo arcaico de la selva y la modernidad reconstruida por los catalanes, los inmigrantes y los nativos parecen transitar de otra manera por el tiempo: mientras que los primeros han heredado del mundo occidental una concepción lineal del tiempo, para los indígenas el tiempo discurre en espiral. Esta oposición se revela con mucha fuerza cuando el protagonista, durante su visita a La Portuguesa, se vuelve a encontrar con la chamana. La paulatina desaparición de la plantación, para él motivo de gran tristeza, resulta no significar para esta mujer más que el regreso a la normalidad de la selva, que les pertenece a los indígenas desde hace milenios.

Las ruinas de La Portuguesa

Pasamos ahora a la segunda parte de nuestro análisis para detenernos en la experiencia personal del protagonista, representante de la tercera generación de exiliados, en el momento de su visita a La Portuguesa.

⁹ Como ejemplo del carácter irreal de La Portuguesa, el narrador menciona la publicación, siempre con una o dos semanas de retraso, de los resultados de los partidos del Barça en un periódico local de un viejo gallego. Fenómeno que, según él, se parece al de "las estrellas, que brillan de noche con una luz que viene de tan lejos, y que salió hace tanto tiempo de quién sabe qué confín espacial, que es probable que la estrella que uno ve ya se haya extinguido desde hace años" (p. 70).

¹⁰ Incluso el nombre mismo de la plantación, La Portuguesa, constituye una referencia a un espacio geográfico-cultural lejano y diferente. En *Los rojos de ultramar*, el narrador explica que los republicanos bautizaron su negocio con el nombre de un establecimiento situado a la entrada del camino hacia la plantación.

En comparación con la postura nostálgica que acabamos de examinar, la sensibilidad ostentada por el protagonista hacia su propio pasado se presenta como menos idealista y más pesimista. Con un énfasis muy claro en la pérdida del objeto de amor como un proceso irreversible, su discurso en torno a la Portuguesa se caracteriza por un tono melancólico.

Ante la definición tradicional de la melancolía como sinónimo de la tristeza en general, los psicoanalistas han intentado determinar la particularidad patológica de este estado de ánimo. Según la teoría de Freud¹¹, la melancolía comparte con el duelo, además de su condición de reacción a la pérdida de un objeto de amor, una serie de síntomas específicos, como la suspensión del interés por el mundo exterior. Sin embargo, la melancolía tiene una característica suplementaria, que es la disminución de la autoestima, fenómeno que se concreta bajo la forma de la autocrítica.

En la evolución particular que sufre la relación del protagonista con su lugar de infancia, se observa claramente el patrón de la melancolía. El haber nacido y crecido en esta comunidad familiar aislada del mundo exterior, explica el vínculo intenso que mantiene el personaje con La Portuguesa. Sin embargo, ya desde el inicio de la novela, se observa una gran ambivalencia en su postura, ya que en el discurso se alternan continuamente los intentos de negar su origen mexicano y sus sentimientos de atracción por el mismo.

Uno de los mecanismos que utiliza a fin de defenderse contra su pasado en ultramar, es el desinterés fingido. Éste queda ilustrado en las primeras páginas de la novela cuando su madre le comenta el conflicto que ha tenido con el señor Bages:

A mí lo que decía mi madre no me importaba nada, yo estaba frente a mi ordenador escribiendo una novela que sucedía en Dublín y no me daba la gana de involucrarme en su historia. «Lo que tienes que hacer es dejar a Bages en paz, le queda poca vida y en cuanto se muera podrás recuperar *tu* terreno», le dije recalcando el «*tu*», para que quedara claro que yo allá no tengo nada. (pp. 11-12)

Otro instante que revela su actitud reacia para con La Portuguesa es cuando llega a la selva. Desde su posición actual, el narrador se da cuenta de que el reflejo de poner el iPod en el bolsillo era para que

¹¹ Sigmund Freud, "Deuil et mélancolie", *Métapsychologie*, París, Gallimard, 1972, pp. 147-174.

“ese pequeño artefacto de la modernidad” le “sirviera de amuleto contra esa selva, o, mejor, contra lo que había de [él] mismo en ella” (p. 86).

Por otra parte, a pesar de los sentimientos de hostilidad y la distancia creada por la migración a Europa, los recuerdos de La Portuguesa no dejan de obsesionar al protagonista. En este contexto, su decisión final de visitar su antiguo hogar la presenta el narrador como una inevitabilidad: “yo iba pensando que, por muy lejos que me vaya, aquella selva siempre acaba alargando un tentáculo que me lleva de regreso” (p. 11). De forma paralela, su pesadilla recurrente sobre la tía Marianne evidencia que la selva no sólo está invadiendo su vida sino también sus sueños.

El conflicto de ambivalencia que acabamos de presentar se deriva de la conciencia que tiene el personaje del estado deteriorado de la plantación. Éste implica la amenaza de la desaparición total del territorio de su infancia. No obstante, la actitud evasiva a la que ha recurrido a fin de ablandar esta dolorosa conciencia resulta ser insostenible. Así, llega a admitir que “había sido demasiado ingenuo al pensar que podía pasar[se] la vida sin regresar a La Portuguesa, y que podía preservarla de la ruina con el acto simple de ignorar su deterioro” (p. 85).

Ahora bien, la gran decepción del protagonista al verse confrontado con la forma en que la selva se está tragando su antigua casa, además de reforzar la ya presente ambivalencia entre negación y atracción, termina quebrando la unión original con este lugar. Debido a un proceso típico del narcisismo, en el que la libido libre, en lugar de ser retirada y posada en otro objeto, como ocurre en el caso del duelo, se retira dentro del sujeto mismo, la pérdida del lugar se convierte, como explica Freud, en una pérdida del sujeto. Como consecuencia de la interiorización del conflicto de ambivalencia, el discurso del protagonista se inclina por sentimientos negativos marcados por la autoinculpación, el destiempo y el desarraigo, sentimientos que van minando su autoestima y sentido de identidad. El *destiempo* puede definirse como la incapacidad en la que se encuentra el exiliado, a pesar del retorno al espacio físico de la patria, de volver a incorporarse al devenir temporal del país. O como lo formula tan bien el propio narrador, refiriéndose en su caso a su relación problemática con su pasado en ultramar: “el exilio es

mucho más que no estar en el sitio donde has nacido, y que es mucho más que no poder regresar: es no poder volver, aunque vuelvas” (p. 127). Total, antes que refugiarse en un pasado imaginario, actitud asumida por sus abuelos y sus padres cuando vivían en La Portuguesa, el protagonista se pierde en su incapacidad de vivir en el tiempo.

En cuanto a la construcción de la Portuguesa como espacio, observamos que el destiempo de la tercera generación va acompañado de la imposibilidad de darse a sí mismo un verdadero ‘lugar’. En esta segunda postura, La Portuguesa se presenta como paratopía, concepto introducido por Dominique Maingueneau¹² para referirse a una localización paradójica o parasitaria, que se basa en una oscilación permanente entre la presencia y la ausencia de un lugar. Llama la atención, pues, que la figura de la paratopía, que en la teoría de Maingueneau se asocia de forma directa con el exilio, no predomina en las vivencias de la primera y la segunda generación de exiliados como descritas en la novela, sino en la experiencia y la visión de un miembro de la tercera generación, en el momento de su retorno al país de acogida. Antes que una consecuencia directa del exilio, se trata aquí del resultado de un exilio heredado combinado con una migración voluntaria.

Una primera situación de paradoja se encuentra ya en la partida de nacimiento del protagonista, “un documento anómalo [...] donde no se entiende si [es] mexicano o español” y donde el lugar de nacimiento figura como “un lugar indefinido entre Galatea y San Julián de los Aerolitos” (p. 98). Luego, el reencuentro de este personaje con La Portuguesa, que resulta ser un lugar aún no ausente pero ya en ruinas, en vías de desaparición, lo convierte en extranjero en su propio hogar. Efectivamente, en su discurso se advierte una continua tensión entre familiaridad y extrañamiento, entre pertenencia y pérdida. Así, durante su reencuentro con la chamana, que es la única persona capaz de curarle la infección en el ojo, el personaje experimenta tanto sentimientos de integración como de exclusión:

En cuanto entré en el bohío de la chamana se disipó, en el acto, mi resentimiento y lo apesumbrado y *ajeno e intruso* que me iba sintiendo, y

¹² Dominique Maingueneau, *Le discours littéraire: paratopie et scène d'énonciation*, París, Armand-Colin, 2004.

de inmediato me sentí nuevamente *integrado*, otra vez *parte de esa selva que cada vez entiendo menos*. [...] «¿Tú crees lo que dice la gente?», preguntó [la chamana], y después añadió, «parece que ni fueras de aquí». Ese comentario me dejó por segunda vez, en menos de cinco minutos, en «*off side*», y me hizo sentir nuevamente ridículo [...] la chamana, no sé si a posta o involuntariamente, sacaba todo el tiempo a flote mi ingenuidad, la ingenuidad de pensar que esa selva era lo que a mí, a nosotros, nos había pasado en ella, cuando lo más probable es que [...] en esa selva no hubiese cambiado absolutamente nada ni con La Portuguesa ni sin ella [...] e incluso es probable, como la realidad se había empeñado en demostrarnos, que toda esa gente nos odiara [...] y no querían invertir su energía en echarnos, [...] porque *estaba claro que no éramos ni de ese mundo ni de ese tiempo y que lo único que existía de verdad ahí era la selva y sus criaturas* [énfasis nuestros] (pp. 126-129)

Por otra parte, el redescubrimiento del mundo sensorial de La Portuguesa –la altura, el sonido de la lluvia, los olores del agua al mojar la selva– durante sus siestas en la casa de Bages, le permite sentir una conexión muy fuerte con ese territorio de su infancia.

Sin embargo, para el protagonista, la figura del viejo republicano Bages significa la representación última de la ruina en la que se ha convertido su casa. En este personaje entre lastimoso y grotesco, la paratopía llega a su paroxismo, ya que la ilusión de la lucha republicana se proyecta en un lugar real (las ruinas en la selva veracruzana), que refiere simultáneamente a un lugar ausente (Cataluña) y un tiempo ausente (la II República y la (Pos) Guerra Civil española). Sobreviviente anacrónico de aquella época, el señor Bages está atrapado en la memoria del pasado: además de no estar seguro si ya se puede hablar catalán en las calles barcelonesas, sigue izando la bandera republicana, comprando productos importados de España y poniéndose la camisa guerrera de soldado republicano.

Consideraciones finales

Para ir terminando este estudio, cabe determinar cómo las dos posturas generacionales hacia el exilio y el exilio heredado, respectivamente, repercuten en la construcción discursiva de la identidad cultural.

Por lo que se refiere a la visión adoptada por la primera y la segunda generación, podemos llegar a la conclusión de que ésta, por centrarse en el conflicto entre blancos y amerindios, impide toda

creación de una identidad múltiple. Todo lo contrario: al enfatizar el desencuentro y la incomprensión que, incluso cinco siglos después de la conquista, siguen existiendo entre España y México, acaba desmitificando la idea de una convivencia pacífica entre el mundo prehispánico y el hispánico, entre 'nativos' e 'invasores'. Además, esta primera postura ofrece una imagen muy *sui generis* del espacio hispanoamericano, puesto que se borran todos los indicios de mestizaje racial.

En el caso de la tercera generación, a la que pertenece el protagonista, lo que dificulta el proceso de acumulación de identidades no es tanto la hostilidad concreta entre dos culturas, sino la interiorización del conflicto de ambivalencia característico de la melancolía. Como ilustra la centralidad del concepto de desarraigo en su discurso, dicha evolución lleva a la problematización del sentido de identidad del personaje.

Sin embargo, antes que dual, la articulación de la novela con respecto al tema del exilio y la problemática de la identidad cultural nos parece ser triple: el proceso de la escritura, que corresponde a la perspectiva 'actual' del narrador, encarna una tercera postura hacia la experiencia del destierro.

En *La última hora del último día*, la escritura se presenta como una necesidad surgida de la confrontación del personaje con las ruinas de La Portuguesa. Su intento de rescatar del olvido la historia de su familia a través de la narración, le permite reencontrarse con su infancia en ultramar y acercarse a sus raíces no exclusivamente catalanes. Así, la narración literaria desempeña una clara función terapéutica, ya que la transformación del espacio físico perdido en *espacio literario* le permite llevar a cabo el proceso del *duelo*.

Efectivamente, frente al conflicto en las primeras generaciones y la pérdida del yo en la melancolía de la tercera generación, la escritura funciona como un espacio identitario nuevo e independiente, que tolera las contradicciones y las ambigüedades inherentes a todo proceso de transculturación. Esta opción alternativa ofrecida por la creatividad imaginativa del autor nos recuerda los conceptos de la 'extraterritorialidad'¹³ y de la 'patria en

¹³ George Steiner, *Extraterritorial: papers on literature and the language revolution*, Harmondsworth, Penguin books, 1975.

el texto¹⁴ con los que George Steiner se refiere, respectivamente, a la 'carencia de hogar' que marcó la narrativa moderna, y la idea de que el intelectual, antes que negar su identidad, la 'performa' continuamente a través de su reflexión y su escritura, desvinculándose así de cualquier límite territorial concreto.

A lo largo de la narración, el protagonista de *La última hora del último día* se da cuenta de que, contrariamente al escaso control que tenemos sobre los acontecimientos del presente y del futuro, la relectura del pasado mediante la distancia que ofrece la escritura, no sólo ayuda a entender la vida, sino también a controlarla. Por lo que se refiere a la visita a Bages, por ejemplo, llega a afirmar lo siguiente: "ahora que escribo esto y recuerdo la manera en que me despeñé y perdí en aquella media hora gloriosa de siesta, noto que he echado en falta todos los días de mi vida fuera de La Portuguesa" (p. 100). Más allá de su deseo por comprender las vicisitudes de su familia, su empeño en controlar esa historia, o sea en fijarla en la memoria colectiva, queda reflejado en su interés por las fotografías de Puig, el respeto que siente por Bages como único nexo vivo con la guerra, y su creciente amistad con Màrius, que curiosamente vuelve a ser su vecino en Barcelona:

La idea de Laia no sólo me había conducido a la memoria gráfica de la plantación, también me había permitido hacerme amigo de Màrius que es, por decirlo así, el guardián de mi memoria, y ahora que lo tengo y lo frecuento, no puedo explicarme cómo no lo busqué antes, [...], porque hay cosas que no puedo compartir más que con él, cosas simples, un olor, un ruido, una temperatura y un cierto grado de humedad, [...], todo dicho y experimentado en catalán de ultramar, esa lengua mezclada con palabras castellanas pero también náhuatles y otomíes, y también con jarchismos del español que se habla en Veracruz, esa lengua trenzada de rebotes: *pazumáquina, pazumango y pazuputamadre*, cosas que no puedo compartir con nadie que no haya nacido en esa selva. (pp. 154-155)

Dicha reconstrucción de la Portuguesa mediante la imaginación, reconstrucción que posibilita la cicatrización de las diferencias entre el mundo mexicano y el mundo español, no sólo es de vital importancia para el protagonista de *La última hora del último día*, sino también para el mismo Jordi Soler. Siendo la plantación en la

¹⁴ George Steiner, "Unser Heimatland: der Text", *Der Garten des Archimedes*, München/Wien, Hanser, pp. 246-279.

que creció, destruida, abandonada y reintegrada a la selva original, la única relación que mantiene hoy en día con ese lugar en ultramar, son sus novelas.

Ω Ω Ω